CAPÍTULO 43

El reino de Granada

Resulta casi milagroso que el último reino islámico de España, Granada, lograra perdurar durante dos siglos y medio a la sombra inclemente de Castilla. El milagro se basaba en dos razones, una económica y otra estratégica. La económica: Castilla sangraba a Granada como los batusis sangran a sus vacas. La sangre del moro era el oro que llegaba de Sudán. Europa, en plena expansión comercial, estaba ávida de oro, y las arcas de Castilla ingresaban unas veinte mil doblas anuales en concepto de parias de Granada. La situación se alteró cuando Portugal desvió la ruta del oro hacia Lisboa. En cuanto la gallina dejó de poner huevos, los castellanos, siempre escasos de liquidez, comenzaron a pensar con arrobo en la gallina misma, en sus sabrosas carnes, en la Alhambra, en las vegas, en los surcos de prietas hortalizas, en las aromáticas manzanas, en las verdes olivas, en las lujuriantes higueras, en el pan de higo, en las almunias, en las norias, en los puertos...

La otra razón que decíamos es la estratégica. La diplomacia granadina hilaba delgado y era virtuosa en el mantenimiento de equilibrios. Entre la hoz castellana y la coz marroquí, los soberanos granadinos habían aprendido la lección de las antiguas taifas y supieron mantenerse en equilibrio, aplacar a Castilla con sobornos y tributos, aceptar solamente pequeños contingentes de tropas marroquíes y sacar provecho de las debilidades y rencillas internas de tan poderosos vecinos aliándose con el bando más débil para contrarrestar al fuerte.

La otra clave de la estabilidad granadina fue su pujante economía basada en una población numerosa, en un racional aprovechamiento de los recursos agrícolas y en un activo comercio con países mediterráneos, tanto cristianos como musulmanes, que impulsó la industria y la artesanía del reino. Europa apreciaba el papel fabricado en Granada. A los arquitectos y albañiles granadinos se los disputaban los reyes de Castilla y los de Marruecos.

En la frontera, estable durante varias generaciones, a pesar de las tensiones intermitentes, floreció una serie de útiles instituciones. Los alcaldes de moros y cristianos eran hombres buenos que mediaban en los pleitos entre comunidades vecinas a uno y otro lado de la frontera. Los alhaqueques pasaban libremente de uno a otro lado de la frontera para mediar en tratos, buscar reses robadas o personas cautivadas y ajustar el rescate después de que los «fieles del rastro», es decir, rastreadores o peritos en seguir sobre el terreno las huellas de cuatreros y reses, les hubieran indicado el destino final de las presas. En los largos periodos de paz, podía surgir incluso una relación de cordial vecindad. Al alcaide moro de las plazas fuertes fronterizas de Cambil y Alhabar lo invitaban a bodas cristianas sus colegas y adversarios de Jaén. Lo que no era óbice para que, poco después, intentaran arrebatarse los castillos, mataran a los atalayas que vigilaban la tierra y la devastaran, que lo cortés no quita lo valiente.

Se produjo incluso un episodio revelador de esa caballerosidad que llegó a presidir las relaciones. En julio de 1457, el rey Enrique IV «fue al castillo moro de Cambil, y llevó consigo a la reyna, la qual yba en una hacanea muy guarnida, y con ella diez donzellas en la misma forma, de las quales unas lleuaban atuendos de los hombres de armas, y las otras de los ginetes, y llegaron así con esta gente el rey y la reyna tan cerca de Cambil, que parecían que querían combatir la fortaleza. Y como los moros vieron ansí llegar la gente, salieron a las barreras, y la reyna demandó vna ballesta, la qual el rey le dio armada, y fizo con ella

algunos tiros en los moros. Y pasado este juego, el rey se boluió para Jaén, donde los caualleros que sabían fazer la guerra y la abían acostumbrado, burlaban y reían diziendo que aquella guerra más se hazían a los cristianos que a los moros. Otros dezian: Por cierto, esta guerra bien parece a la quel Cid en su tiempo solía fazer».[89]

Ya lo ven, casi una guerra de opereta.

Hasta que la guerra de veras llegó. En el siglo XV Castilla había reanudado esporádicamente la Reconquista. Primero cayó Antequera; luego, Jimena y Huéscar, poco después, Huelma y Gibraltar. En Granada crecía el descontento contra un Gobierno incompetente que no defendía las fronteras del reino. Quizá el pueblo ignorante se resistía a admitir que Granada no podía soñar ya en medir sus fuerzas con Castilla, pero desde luego advertía que, tarde o temprano, los castellanos les arrebatarían sus casas, sus huertos, sus emparrados y sus moreras. (Granada producía mucha seda, algunas moreras tenían hasta cuatro dueños.) En una reacción típicamente fundamentalista que observamos también en el mundo islámico actual, la impotencia frente a la superioridad cristiana los llevó a refugiarse en una fe fanática. A la larga fue peor para ellos. La tradicional tolerancia hacia los cristianos que vivían en Granada, muchos ellos como cautivos, se trasformó en creciente opresión.

«¡Los moros maltratan a nuestros infelices correligionarios!», contaban en Castilla. Los halcones tuvieron un excelente pretexto para plantear la necesidad de conquistar Granada. Solo faltaba un *casus belli*, o sea, un pretexto.

En 1481 el rey Muley Hacén lo sirvió en bandeja: dejó de pagar el tributo anual y, por si esa omisión no aclaraba suficientemente sus intenciones, conquistó a los cristianos el castillo fronterizo de Zahara mediante audaz golpe de mano.[90]

89. Valera, 1941, p. 45.

90. La leyenda romántica quiere que el rey moro rechazara al recaudador cristiano arrogantemente: «Dile a tu rey que Granada ya no acuña moneda para pagar a cristianos; antes bien forja espadas y lanzas para combatirlos». A lo que el rey Fernando el Católico respondería: «Yo he de arrancar uno a uno los granos de esa granada». Es inevitable que la guerra de Granada se tiña de romanticismo, después de que Washington Irving y otros autores de la misma cuerda pasaran por ella.

A Fernando le goteó el colmillo. Era una provocación estupenda, un *casus belli* claro. Planeó la conquista de Granada con metódica astucia (no en balde Maquiavelo lo tomaría como ejemplo en su *Príncipe*). Primero fomentó las rencillas internas de la familia real granadina y las facciones de la aristocracia que se disputaban el dominio del reino. El juego se desarrolló a tres bandas: por una parte el rey que quiere conservar su trono, por otra su hijo Boabdil y su hermano el Zagal, que, cada cual por su lado, quieren arrebatárselo. Y, en medio de todos, el zorro de Fernando apoyando a la parte más débil contra la más poderosa.

Boabdil, el hijo de Muley Hacén, se había rebelado contra su padre con el apoyo del poderoso clan de los abencerrajes, pero el rey recuperó Granada con la ayuda de los no menos poderosos zegríes. Entonces su hermano, el Zagal, lo depuso, apoyado por el clan de los Venegas. Muley Hacén, fortificado en la Alhambra, resistió. Mientras tanto, Boabdil, el hijo, fue capturado por los cristianos en la batalla de Lucena, pero Fernando lo liberó para que siguiera incordiando al padre y al tío.

Muley Hacén y el Zagal se unieron contra Boabdil demasiado tarde, cuando ya les había ganado la partida. En vista de que pintaban bastos, Muley Hacén hizo lo único que le quedaba por hacer, morirse. El Zagal, desanimado, arrojó la toalla y se retiró a vivir a Tlemecén, en el Magreb.

Boabdil, ya sultán indiscutido, se instaló en la Alhambra. Con el reino musulmán convenientemente sangrado, los Reyes Católicos procedieron a su definitiva conquista.

Los moros granadinos llevaban tres siglos viendo llegar cristia-

nos a su fértil vega para saquearla y talarla. Después del destrozo, en cuanto llegaban los fríos, levantaban sus tiendas y se marchaban hasta la próxima.

Esta vez fue diferente. Los Reyes Católicos habían llegado para quedarse: el campamento que montaron era de casas de adobe y piedra, nada de tenderetes de lona y ramas. Habían construido una auténtica ciudad (que aún existe): Santa Fe. Es falsa, naturalmente, la leyenda que atribuye a la reina católica la promesa de no cambiarse de camisa hasta que conquistara Granada, una empresa que le llevó años.[91]

Dentro de Granada, los moros estaban divididos en dos bandos, palomas y halcones: unos querían entregar la ciudad a condición de que sus bienes fueran respetados, otros eran partidarios de resistir a ultranza. Pero los tiempos de Numancia ya estaban olvidados. Al final, Boabdil puso a los halcones ante el hecho consumado de que ya había entregado la Alhambra. Secretamente, permitió que una guarnición cristiana ocupara el castillo y las torres principales. Después de esto no tenía objeto resistir. Los halcones transigieron, aunque clamaran venganza y se acordaran de toda la parentela del rey.

Las capitulaciones se firmaron el dos de enero de 1492. Después Boabdil y los suyos abandonaron la Alhambra para trasladarse a las tierras que los Reyes les habían concedido en las Alpujarras.[92]

La Península era nuevamente cristiana. Toda ella, como ocho

91. Por este motivo los franceses denominan *isabelle* al color amarillento.

92. Existe, en las cercanías de Granada, una eminencia llamada el Suspiro del Moro, un lugar propicio para escarceos de enamorados desde el que se domina una vista de la ciudad. La leyenda asegura que desde aquel punto Boabdil volvió la cabeza a catar con la mirada todo lo que dejaba atrás, y sin poderse contener rompió a llorar. Entonces su madre, la noble Aixa, una mujer que los tenía bien puestos, le dijo: «Sí, hijo, llora, llora como mujer por lo que no has sabido defender como un hombre». Las madres, muchas veces, son un gran consuelo.

siglos antes, en tiempos de los godos. Con una pequeña diferencia: quedaban dos numerosas comunidades que no eran cristianas, los judíos y los moros.

Guerreros nazaríes.

CAPÍTULO 44

Isabel y Fernando, tanto monta, monta tanto

En 1469, en Valladolid, una fría mañana de otoño, se celebró una boda que iba a alterar el curso de la historia de España. La novia, Isabel, había cumplido dieciocho primaveras y era una chica menuda, rubia, de cara redonda, ancha de caderas y con cierta propensión a engordar. El novio, Fernando, un año más joven que ella, era de mediana estatura, no mal parecido, con una incipiente calvicie que pronto le llegaría hasta media cabeza. Tenía la voz aguda, como el general Franco, dicho sea sin segundas.

Se casaron de incógnito. El novio viajó por Castilla disfrazado de criado. Representaba tan fielmente su papel que hasta servía la cena de sus escoltas en las ventas donde pernoctaba.

¿Por qué tanto misterio?

Es que Isabel se casaba sin el preceptivo permiso del rey Enrique IV de Castilla, su hermanastro.[93] Además, Isabel y Fernando eran primos segundos y necesitaban una dispensa papal para contraer matrimonio. La que entregaron al sacerdote oficiante era falsa como un euro de plastilina.[94]

93. En aquel tiempo era impensable que un miembro de la familia real, que algún día podía heredar la corona, se casara sin permiso del rey. Isabel ocupaba el tercer puesto en el orden sucesorio de Castilla, después de su hermanastro Alfonso, y de su sobrina Juana. Al final reinó Isabel porque Alfonso murió prematuramente y a Juana la declararon hija ilegítima y la excluyeron del orden sucesorio, como enseguida veremos.

94. No empezaban mal los luego llamados Reyes Católicos. Pero a estas alturas no será necesario recordar al escéptico lector que los historiado-

Enrique IV de Castilla.

Presionado por una poderosa facción nobiliaria, el rey Enrique IV, por algo apodado el Impotente,[95] admitió que el verdadero padre de su hija Juana era el valido don Beltrán de la Cueva, amante de la reina (por este motivo aún la conocemos como la Beltraneja). Siendo así, su hermanastra Isabel se convertía automáticamente en heredera del trono.

res justifican al que gana y a menudo escriben lo que les dicta, aparte de que la historia es más arte que ciencia, y si fuera ciencia no es nada exacta, por eso cada generación la reescribe y enmienda la plana, a veces sañudamente, a la anterior. Al maestro, cuchillada.

95. Sus enemigos lo llamaron el Impotente, pero no está claro que lo fuera o, al menos, no lo era con las putas de Segovia ni con los pollancones moros de su escolta. Más que impotente era un hiperactivo bisexual. Producto de una estirpe ya minada por casamientos consanguíneos era, como lo describe el doctor Marañón, «un degenerado esquizoide con impotencia relativa [...] displásico eunuco con reacción acromegálica».

Muchacha inexperta, Isabel solo fue un mero instrumento en manos del poderoso *lobby* nobiliario, que la aupó al trono para servir sus propios intereses. Esta facción estaba comprometida con el rey de Aragón, Juan II, que, aunque medio arruinado, no reparó en sobornos y promesas con tal de casar a su hijo Fernando con la heredera de Castilla.

El empeño de Juan II se entiende. Necesitaba desesperadamente la alianza con la solvente Castilla para frenar a la poderosa Francia, con la que mantenía un contencioso por el reino de Nápoles. Los franceses se lo estaban comiendo vivo. Le habían ganado ya los condados catalanes de Cerdaña y el Rosellón y le habían tomado Gerona.

Ya tenemos a la heredera de Castilla casada con el heredero de Aragón, pero conste que a Enrique IV le hubiera gustado casarla con el rey Alfonso de Portugal y que a las Cortes castellanas les parecía mejor el pretendiente francés.

Aragón, ya lo hemos visto, solo aportaba problemas con Francia. Por el contrario, la unión con Portugal, cuyos intrépidos marinos estaban ya lanzados a la exploración y conquista de nuevas rutas, hubiese robustecido el Imperio colonial que Castilla iba a iniciar tras el descubrimiento de América. Por otra parte, las instituciones portuguesas se adaptarían mejor a las castellanas que las aragonesas. Ya se sabe de lo poco que sirve dar capotazos a toro pasado, pero el escéptico lector convendrá en que hubiera sido más sensato y conveniente para Castilla y para España que Isabelita se hubiese casado con el portugués.

En realidad, a pesar de la boda de los Reyes Católicos,[96] Aragón y Castilla no se unieron. Hubiera sido cruzar un erizo con un pez: las leyes, el sistema económico y hasta las costumbres eran completamente distintos.

Sin embargo, a pesar de los términos de igualdad en que se es-

96. Es costumbre llamar a la pareja los Reyes Católicos y servidor la respeta, pero que conste que el papa solo le concedió a Fernando el derecho de usar el título de «rey católico».

tipuló la boda, y a pesar del «tanto monta, monta tanto», es evidente que Fernando salió beneficiado con el casorio. Por ejemplo, la política matrimonial seguida por la pareja sirvió a los intereses de Aragón, pues se propuso emparentar con todas las casas reales europeas para aislar a Francia. Quizá con este objetivo como meta, y ello no descarta gusto y atracción, los Reyes Católicos tuvieron ocho hijos.[97]

La desgracia de España fue que los Reyes Católicos crearon un Estado fuerte y de gran porvenir, pero las circunstancias lo entregaron a manos extranjeras. El príncipe Juan, heredero de la corona, murió joven (a lo que diagnosticaron los médicos, debido a sus excesos conyugales con su joven e insaciable esposa), y la segunda en la línea sucesoria, la princesa Isabel, murió de sobreparto. Los derechos dinásticos vinieron a recaer sobre la tercera hija, Juana la Loca, casada con un borgoñón, Felipe el Hermoso, que transmitió la corona a su hijo el emperador Carlos V. De este modo, España (que ya comenzaba a conocerse por ese nombre) cayó en manos de extranjeros, los Habsburgo o Austria, que por servir a sus intereses europeos empantanaron a este país de nuestros pecados en el pozo sin fondo de las guerras de Flandes y los Países Bajos, y en las guerras de religión en Alemania, territorios todos pertenecientes a la casa de Borgoña donde a los españoles no se nos había perdido nada.

Bien pensado, las consecuencias de la política matrimonial de Fernando el Católico no pudieron ser más desastrosas. Él mismo,

97. Número en el que no incluimos las tres hembras y un varón extramatrimoniales que Fernando engendró en diversas amantes, porque el aragonés «amaba mucho a la reina, su mujer, pero dábase a otras mujeres». A pesar de estos defectillos de Fernando, Isabel podía considerarse afortunada porque sus otros pretendientes salieron bastante peores. El novio que había propuesto Inglaterra era el duque de Gloucester, el futuro Ricardo III, malvado, feo, contrahecho y jorobado, que acabaría convirtiéndose en rey después de asesinar a sus sobrinos de corta edad, para morir declamando aquello de «mi reino por un caballo», como nos enseña Shakespeare en su famoso drama histórico.

cuando vio que el negocio se torcía, ya viudo y anciano, se apresuró a casarse en segundas nupcias en un intento de engendrar un hijo que heredara Aragón y le evitara caer en manos de los flamencos. (Es decir, que prefirió pactar con el enemigo secular, Francia, antes que ver su reino en manos de su yerno Felipe el Hermoso.)

Le salió mal. Escogió por esposa a Germana de Foix, una princesa francesa joven y robusta y, a lo que parece, tan insaciable en el lecho como en la mesa. «Era poco hermosa, algo coja, amiga mucho de holgarse y andar en banquetes, huertos y jardines, y en fiestas —escribe el cronista Sandoval—. Introdujo esta señora en Castilla comidas soberbias, siendo los castellanos, y aun sus reyes, muy moderados en estos. Pasábansele pocos días que no convidase o fuera convidada. La que más gastaba en fiestas y banquetes con ella era más su amiga.»[98]

A Fernando le gustaban las mujeres jóvenes y entraditas en carnes y como se había propuesto concebir un heredero, la confluencia del gusto y la razón de Estado lo inclinó a reiterar el acto matrimonial quizá más de lo prudente a su edad, máxime cuando ella era complaciente y no le hacía ascos a nada. Incluso es posible que en alguna ocasión rompieran la cama en el ejercicio del matrimonio. Vean si no: «Una noche —escribe el bufón Francesillo de Zúñiga—, estando Fernando el Católico con ella en la cama, tembló la tierra, y otros dicen que las antífonas de la reina. Como quiera que sea, con el miedo del temblor de tierra, esta señora saltó de la cama y del golpe que dio hundió dos entresuelos y mató un botiller y dos cocineros que abajo dormían. Y como esta alta y gruesa reina viese el estrago que por ella se había hecho, por descargo de su conciencia y de las ánimas de los muertos, les mandó decir dos responsos a cada uno».[99]

A la postre aquella mujer le costó la vida también a Fernando, que murió por abusar de la cantárida (la viagra de la época), que

98. Sandoval, 1792, cap. XCV.
99. Zúñiga, 1989, p. 140.

en aquel tiempo se creía infalible tónico sexual «que face desfallecerse a la mujer debajo del varón», o por una indigestión de un potaje de turmas de toro (o sea, criadillas).

En justicia, el catastrófico resultado de la política matrimonial de los Reyes Católicos se debe achacar más a los reveses de la voluble fortuna que a la torpeza de Fernando. ¿Cómo iba a prever que sus dos primeros herederos iban a morir sin descendencia? Por lo demás, Fernando fue quizá el mejor político de su tiempo. Estaba generosamente dotado de las virtudes necesarias: ingenio claro, juicioso, prudente y, por encima de todo, desprovisto de escrúpulos. Un político moderno y pragmático, en el más amplio sentido. E Isabel no le fue a la zaga. Por eso, a pesar del fracaso dinástico, los Reyes Católicos engrandecieron España y la pusieron en el camino de convertirse en la primera potencia mundial que sería durante dos siglos.

¿Qué hubiera ocurrido de haberse casado Isabel la Católica con el rey de Portugal, como quería su hermano, el infortunado Enrique IV? ¿Puede imaginarse el lector un mapa actual de la Península dividida en dos países, Aragón, Cataluña y Levante por un lado y el resto, incluido Portugal, por otro? Quizá nos habría ido mejor a los españoles. En fin, aquí no hemos venido a escribir ficción histórica, así que será mejor que regresemos a la realidad.

Cuando Enrique IV supo que Isabel se había casado sin su consentimiento montó en cólera y volvió a reconocer a su hija Juana la Beltraneja como legítima heredera. Su rabieta solo sirvió para provocar una larga y dolorosa guerra civil que ganaron los partidarios de Isabel. La Beltraneja tuvo que meterse a monja y pasar la vida encerrada en un convento portugués. Los portugueses, siempre tan gentiles con las damas, la llamaron «a excelente senhora», y cuando tenían que ablandar diplomáticamente a Isabel amenazaban con sacarla al siglo y darle alas. Isabel, como toda usurpadora, nunca tuvo la conciencia tranquila y no cejó hasta conseguir del papa una bula que condenaba a su desdichada sobrina a reclusión conventual de por vida.

No fue el de Isabel y Fernando un matrimonio romántico, por

amor, sino más bien un arreglo interesado por ambas partes. Así se hizo siempre entre vástagos de las casas reales hasta tiempos relativamente recientes.[100] Los Reyes Católicos se unieron con un largo documento de capitulaciones en las que se especificaban minuciosamente las respectivas obligaciones y derechos. Isabel y Fernando, Castilla y Aragón unidos por matrimonio, sí, pero no revueltos, nada de «monta tanto Isabel como Fernando», que, sobre parecer una postura sexual, lo que se prestaría a torcidas interpretaciones, no tiene fundamento histórico alguno.[101]

100. Recordemos que Alfonso XII se casó por amor con su prima María de las Mercedes y que su hijo Alfonso XIII hizo lo propio con Victoria Eugenia, a pesar de que la casa real inglesa le advirtió que podría transmitir la hemofilia a su descendencia (como así ocurrió). Más recientemente, Felipe VI también se casó por amor con doña Letizia, sin que le importase su doble condición de plebeya y divorciada. Mencionaremos también el caso de Eduardo de Inglaterra, que renunció al trono de Inglaterra por unirse en matrimonio con la divorciada americana Wallis Simpson. Las diferentes escuelas historiográficas discrepan al enjuiciar estas uniones. Para unas se trata de románticas historias de amor, para otras son simples encalabrinamientos (vulgo encoñamientos) de individuos caprichosos nacidos y criados en el privilegio, que propenden a efectuar lo que les piden las gónadas sin pararse a considerar las consecuencias.

101. Conviene aclarar que «tanto monta» era la divisa personal de Fernando, asociada al emblema de un yugo con una soga anudada. Divisa y yugo aludían a la leyenda clásica del nudo gordiano. Recordará el lector que en Gordio, localidad de la actual Anatolia, existía un yugo atado por un nudo tan intrincado que nadie conseguía desatarlo por más que muchos lo intentaban. La leyenda aseguraba que la persona que consiguiera desatarlo se adueñaría de Asia. Confrontado con el nudo, el joven Alejandro Magno no se lo pensó dos veces, desenvainó la espada y de un tajo lo deshizo, al tiempo que comentaba: «Da lo mismo [tanto monta] cortar como desatar». Se cree que Fernando el Católico adoptó el nudo gordiano como símbolo personal asociado a la divisa «tanto monta» por sugerencia del gramático y latinista Antonio de Nebrija. A Fernando le gustó el implícito paralelismo que aquel símbolo establecía entre su persona y Alejandro Magno: los dos jóvenes y osados empeñados en aumentar sus estados hacia Oriente (recordemos las apetencias mediterráneas de Aragón).

La reina reinaba en Castilla y su esposo en Aragón. No convenía embrollar las cosas más de lo que ya estaban. No obstante, los aduladores cronistas definieron a los reyes como «una voluntad que moraba en dos cuerpos» y para dar noticia del alumbramiento de la reina escribían «este año parieron los Reyes nuestros señores».

La razón social «Reyes Católicos» heredó un negocio ruinoso. Castilla, a pesar de la lana merina de sus inmensos rebaños, tan estimada en los mercados europeos, era como un navío a la deriva, carcomido de parásitos y desarbolado, sin rumbo ni aparejo: el clero estaba corrompido; la nobleza, sublevada; el sufrido pueblo, mohíno y descontento; las arcas reales, vacías y el Estado paralizado por lustros de desgobierno y guerra civil. Un país mal administrado que iba camino de quedar relegado a mero proveedor de lana para la industria textil europea. Para colmo, su díscola nobleza tenía acogotada a la Corona porque, desde el advenimiento de la dinastía bastarda de los Trastámara, los magnates se habían acostumbrado a ningunear a los reyes.

En Aragón tampoco ataban los perros con longanizas. El rey estaba arruinado por la guerra con Francia y los nobles lo mantenían atado de pies y manos por una serie de antiguos fueros y privilegios.

Isabel y Fernando, igualmente ambiciosos y pragmáticos, se propusieron someter a la nobleza y despojarla de muchos de sus privilegios. En Castilla se consiguió, incluso demoliendo los castillos de muchos magnates y las murallas de ciudades controladas por facciones levantiscas. Quedó claro que en lo sucesivo era la Corona la que detentaba el poder y que la época de los ejércitos particulares había pasado ya. En Aragón no hubo manera. Allí las costumbres y las instituciones medievales pesaban mucho. Otro lastre que impediría la normalización del Estado moderno.

A pesar de estas disparidades entre los dos reinos, que afectaban gravemente al gobierno del conjunto, los Reyes Católicos consiguieron modernizar el país, centralizar el poder y levantar los cimientos de un Estado poderoso. Por eso todos los dictadores

los ponen como ejemplo, olvidando sus torpezas, y no dejan de loar las excelencias de la pareja.

En su proyecto para debilitar a la nobleza, los Reyes sustituyeron el arcaico Consejo Real, heredado de la Edad Media, por una burocracia palaciega más acorde con los nuevos tiempos y nutrida por funcionarios procedentes de las clases humildes que fuesen fieles a la Corona antes que a intereses de grupo o familiares. Con ellos formaron varios consejos o ministerios: de Finanzas, de la Hermandad, de la Inquisición, de las Órdenes de Caballería.

Quizá se pregunte el lector ¿y qué pintan aquí las órdenes de caballería, esa antigualla de cuando los moros eran un peligro? Es que conservaban aún importantes patrimonios y ejércitos privados. Llevaban ya un siglo al servicio de los grupos de presión a los que pertenecieran sus maestres. Los reyes consiguieron concentrar los tres maestrazgos (Calatrava, Alcántara, Santiago) en manos de Fernando el Católico, lo que robusteció considerablemente el poder de la monarquía.

De igual manera consiguieron nacionalizar la Iglesia, para que fuera más obediente a la Corona que al propio papa. Esto también contribuyó a domesticar a la nobleza. Desde entonces las familias más encopetadas tuvieron que hacer méritos al servicio de los reyes para que estos concedieran los cargos eclesiásticos mejor dotados a sus hijos segundones.

CAPÍTULO 45

Colón y el descubrimiento de América

En el siglo XIV la economía europea había crecido. La gente tenía dinero y aspiraba a vivir mejor, florecían las ciudades y se activaba el comercio. Entre los productos de lujo cuya demanda aumentaba destacaban las especias traídas de la India. La pimienta, el clavo, el jengibre, la nuez moscada se atesoraban en los arcones de la alcoba, entre las joyas de la familia. La pimienta llegó a constituir un valor tan sólido que, a falta de oro y plata, se reconocía como medio de pago en los contratos.

Ninguna familia europea que hubiese alcanzado un mediano pasar podía prescindir del uso, incluso del abuso, de las especias. Así como ahora uno muestra que es rico conduciendo un coche importado de gran cilindrada, entonces se mostraba en los trajes de domingo y en el consumo de especias. Los nuevos ricos, quizá acuciados por la memoria genética de pasadas hambrunas, despreciaban todo lo que no fuera carne. Además, como se desconocían el café, el té, el limón y el azúcar, los sabores resultaban tan monótonos que solo las especias podían infundir cierta variedad a los guisos. La adición de distintas proporciones de pimienta, clavo, cardamomo y nuez moscada permitía confeccionar cinco o seis platos diferentes a partir de la misma carne simplona. Por otra parte, como no existía refrigeración que retardara la descomposición de la carne, las especias disimulaban sus olores y sabores putrefactos. La dudosa cerveza se adobaba con jengibre; el vino avinagrado y picado, con canela y clavo. En resumidas cuentas, que las especias eran importantísimas entre las familias pudientes